

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL:

60 centésimos

ADMINISTRACION, COLONIA-95

SALE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

NÚMERO SUELTO:

16 centésimos

PERMANENTE

SEÑOR DON JUAN D. SAFONS

PAYSANDÚ

La administracion le pide se sirva remitir las suscripciones que adeuda desde el mes de Julio hasta el de Diciembre próximo pasado.

LITERATURA

Salustiano Torres

(EPISODIO NACIONAL)

Dedicado á mi hermano D. Ruperto de Arrascaeta

I

En lo alto de una cuchilla,
Por un ombú resguardado,
Se vé, cual nido de *horneros*,
Un rancho de paja y barro.

Sobre él derrama la luna
Sus tibios rayos plateados,
Brillando en un cielo puro,
De luceros salpicado.

El aire que se respira,
Es un aire embalsamado
Con los aromas del bosque,
Y las esencias del prado;

Pues en las brisas se aspiran
Los perfumes variados,
Del *trébol* y la *pastilla*,
Del clavel y del naranjo.

Manso arroyo serpentea
Pocas cuadras mas abajo,

Cuyas claras aguas besan
Del sauce lloran los gajos.

Solemne silencio reina
En el bosque y en el llano,
Que interrumpen los ladridos
De algunos perros alzados,

O los cantos de los grillos,
Los zumbidos de los tábanos,
Las alas de los insectos,
Que cruzan revoloteando.

Pero claro se distinguen
El coposo ombú y el rancho,
Y en la cercana enramada
Muchos caballos atados.

Y no muy léjos se oyen
De otros caballos los cascós,
Que á trote corto cabalgan
Mozos y mozas del pago,

Que por distintos caminos
A las casas ván llegando,
Señal que un baile Romero
Esta noche dá en su rancho.

II

Preludia dulce guitarra
El *cielo* del *montonero*,
Y óyense amorosas trovás
Al compás del zapateo.
Bueno será que nosotros,
Lector amable, escuchemos.

—Son todas las orientales,
Dulces como el arazá,
Bellas, como flor del aire
Que al árbol prendida está.

—Los hombres son seductores
Y nos mienten muchas cosas,



Recorren todas las flores
Cómo hacen las mariposas.—

—En prenda de amor recibe
De *margaritas* un ramo;
Consérvalo hasta que el tiempo
Traiga nuestro desengaño.—

—Esta prenda de tu amor
En mi pecho yo la guardo,
El tiempo, hermosa, dirá,
Quién, de los dos, ha olvidado.—

—Basta ya de desvario,
Quiero la paz y la calma,
Bastante sufrió mi alma
Rigores de tu desvío.—

—Quién soñó pasión serena,
Ese, no sabe querer,
Amor que no sufre pena,
No espere nunca placer.—

—Allá vá cielo y mas cielo,
Cielo de los verdes prados,
Dónde se juntan los *blancos*
No están bien los *colorados*.

Varias y confusas voces
Oyense dentro del rancho,
Y á la par de la guitarra,
Cesó el baile, y cesó el canto.

III

Domina todas las voces
La voz de un jóven paisano,
Bello y airoso mancebo,
Fresco lirio de los campos.

—*Blanco* soy, cómo los huesos,
Dice, altivo, Salustiano,
Mas fuera de la pelea,
No conozco sino hermanos.

No permito, ¡por mi vida!
Oiganlo bien los del pago,
Que á *colorado* ninguno,
Nadie, aquí, le infiera agravio.—

—Poco me importa el enojo
Del amigo Salustiano,
Porqué aquí y en dónde quiera,
Odio yo los *colorados*—

Dice, con siniestro acento,
El Temente Pancho Claro,
Y echando atrás el sombrero,
Ligero como un venado,
Con la mano en la cintura,
Salió trás de Salustiano—

IV

Ya Salustiano lo espera
En actitud de pelear,
Que en lucha reñida y fiera
Las palabras que dijera
Está pronto á sustentar.

En las manos los aceros,
Con extraordinario arte
Los dos diestros y ligeros,
Se asestan golpes certeros,
Que paran de parte á parte.

Andan todos empuñados
En separar los rivales,
Pero ellos encarnizados,
Golpes y mas redoblados,
Se tiran con los puñales.

Cuántos golpes se pararon
En aquella lid tenaz,
Cuántas veces se cruzaron
Los cuchillos y chocaron,
De decir nadie es capaz.

De igual furor poseidos
Se baten los dos valientes;
Ya los dos están heridos,
Sangre mancha sus vestidos,
Sangre corre de sus frentes.

Uno en el campo ha quedado,
Es. . . Salustiano, ¡Oh dolor!
En un golpe mal parado,
Pancho el puñal le ha enterrado
En el noble corazón.

Y en vez de acordes sonidos,
En vez del baile y del canto,
Se oyen tristes y sentidos,
De una vírgen los gemidos,
Y los sollozos del llanto.

Un ginete á toda brida
Se vé subiendo la loma
En otro pago, guarida,
Vá buscando el homicida
Segun el rumbo que toma.

V

Llora, vírgen, que el llanto que se vierte
Alivia el desgarrado corazón,
Que si á tu amante arrebató la muerte,
Perdió la patria un digno campeón.

Valiente Salustiano comprendiera
De los partidos el funesto error,
Y enseñaba que fuera de la lucha,
Los hermanos se deben paz y amor.

De tan nobles y humanos sentimientos
Fué siempre Salustiano el adalid,
Por tan santos principios dió su vida
Ayer en noble y empeñada lid.

Vamos, vírgen, los dos, y depongamos,
Llanto virtiendo de su tumba al pié,
Un ramo, tú, de mustias margaritas,
Y yo un ramo de lúgubre ciprés.

Enrique de Arrascaeta

Terrores de Timoteo

Timoteo—Ave María Purísima, como dicen que exclama el secretario del Gobernador—«ya la maquinacion, la arteria se desembozan. Ya se habla en las plazas y en las calles de Buenos Aires de conspiraciones contra nuestro Gobierno; ya se dice tambien que se habla de planes *nada santos contra* la persona del primer magistrado de nuestra República.» Jesus, Jesus, señor amo; compremos un pasaje y huyamos de Montevideo antes que el grito de *sálvese quien pueda* sea lanzado en las calles de la capital. Pero pronto, que la cosa no sufre espera; pronto, sino la situacion se derrumba y nos aplasta. Corramos al instante á la primer agencia de vapores, y larguémonos para Europa, Africa, el Pacifico, todo lo mas lejos posible. En marcha, señor amo.

Yo—Ó tú te has vuelto loco, ó has llevado algun susto extraordinario. Qué tienes, Timoteo?

Timoteo—Que he de tener? Un miedo de todos los demonios. Estoy temblando como un azogado—miro puñales en manos de asesinatos, matanza en las calles de Montevideo, desolacion en el hogar de las familias, horrores por dónde quiera, juicio final en todas partes.

Yo—Pienso que el tuyo está por salir de juicio. Pero qué hay, Timoteo?

Timoteo—Que ha de haber, señor amo? Que se nos viene encima una revolucion, precedida de un asesinato, y seguida por un cortejo de víctimas y verdugos. Ay! que violin y violon nos espera!

Yo—Serénate, Timoteo y responde—¿Se trama alguna sangrienta revolucion?

Timoteo—Sí, señor; se urde un diabólico plan, se medita un crimen, un espantoso crimen. Figúrese su merced que se trata de asesinar al Coronel don Lorenzo Latorre! Ave Maria Purísima, qué cataclismo nos amenaza! Estoy tiritando de pavor. . . . y de frio. Aquí está *La Tribuna*; aquí el terrorífico editorial, aquí. . . . no puedo mas. Lea su merced el artículo, léalo y despues. . . . tiembles!

Yo—Lo leeré, Timoteo—«*Ahora el crimen*». Epígrafe aterrador!

Timoteo—Y el artículo? oh! el artículo. . . . pero continúe su merced.

Yo—« . . . Han recorrido toda la escala de sus proyectos y programas. Primero pretendieron desprestigiar la situacion y al Coronel Latorre, y fueron silbados por el país entero. Luego soñaron con revoluciones, y todos se rieron de ellos. Ahora han llegado al último límite; no pueden ir mas allá en sus concepciones—*ahora, meditan un crimen*. Desgraciados!»

Timoteo—Desgraciados de nosotros, digo yo, que vendremos á ser los pavos de la boda si no escapamos el bulto. Que diez de Enero se prepara!

Yo—Ja, ja, ja! Y esto es lo que te ha asustado, Timoteo?

Timoteo—Pues le parece poco á su merced? Qué calma la suya, señor amo.

Yo—A mí no me parece ni poco ni mucho; me parece. . . . *nada*.

Timoteo—Nada es el horrendo crimen que se medita? Por Dios que desconozco á su merced.

Yo—No hablo del crimen sino del editorial.

Este me parece nada; ¿es decir, me pareció que en ciertas ocasiones se escriben artículos para llenar columnas. La redaccion de un diario es tarea pesada y enojosa, y no siempre el escritor se halla en aptitud ó con ganas de *producir*.

Timoteo—No comprendo á su merced, amo mio.

Yo—Díme, has leído alguna vez á Horacio, Timoteo?

Timoteo—Sí, señor, cuando estudiaba latín con Don Pedro Giralt.

Yo—Y no recuerdas el verso 359 de su *Arte poética*?

Timoteo—En este momento no lo recuerdo, señor amo.

Yo—Pues el verso 359 dice así: *Quandoque bonus dormitat Homerus*. . . .

Timoteo—*El divino Homero dormita algunas veces*. He traducido bien al lírico de Roma?

Yo—Puede pasar la traducción, *Timoteo*. Pero has entendido lo que quiero espresarte?

Timoteo—Que Homero dormita algunas veces; ó como si dijéramos que Homero no es siempre Homero; que muchas veces su pensamiento y su estilo tienen menos brillantez y elevación que de costumbre; que el águila arrastra en ocasiones sus alas por la tierra.

Yo—Perfectamente. Y cuando á Homero le pasaba lo que cuenta Horacio, no es sorprendente que al redactor de *La Tribuna*, que no es ni la sombra de Homero, le suceda lo mismo.

Timoteo—Su mereced me está infundiendo una esperanza.

Yo—Opino, pues, que en uno de esos *letargos de la inteligencia*, muy frecuentes en todos los que escriben diariamente para el público, el redactor de *La Tribuna* leyó unas líneas de *El Porteño*, en las cuales don Héctor Varela declaraba que había oído hablar en las calles de Buenos Aires, de conspiraciones y de crímenes.

Timoteo—Voy respirando, señor amo.

Yo—Y luego que leyó el redactor de *La Tribuna* lo escrito por don Héctor, se dijo probablemente:—Ahora es la mía, al fin hallé un tema para un artículo.

Timoteo—Y dicho y hecho; zas, tras, aquí un renglon, allá otro. . . . y al cabo un editorial. Me vá volviendo el alma al cuerpo, señor amo.

Yo—No hay mas amigo mio. Y de esto existen repetidos ejemplos. Ahí tienes el *Ferro-Carril*. ¿No le has visto cien veces fabricar de una *frustreria un artículo de fondo*?

Timoteo—Un artículo sin fondo, sí señor.

Yo—Y tú mismo, *Timoteo*, tú mismo no has llenado un par de columnas con vaciedades de toda especie?

Timoteo—Es verdad, señor amo. . . . Y ya me siento mas aliviado del susto.

Yo—Por otra parte, *Timoteo* ¿Cuál es la fuente de la noticia que comenta *La Tribuna*?

Timoteo—La fuente es un poco. . . . en fin, la fuente no es muy limpia. Si miramos el origen, señor amo, la cosa es mas para tomarse en broma que á lo sério.

Yo—Entonces te convences de la sinrazon de tu miedo?

Timoteo—No haberme fijado desde el principio en el *conducto* que arrojaba la noticia. Así

me hubiera ahorrado un susto, y á su mereced una larga esplicacion. Cierito que si me fijo en que la nueva salía de *El Porteño*, en lugar de horripilarme, señor amo, me hubiese reído á carcajadas.

Yo—El asunto no era para menos.

Timoteo—Ese es un nuevo *bombazo* del orador de Ginebra. Nunca me olvidaré de aquel famosísimo discurso del gran tocador de bombo, cuando con toda la inocencia de que es capaz un hombre tan vivaracho como don Héctor, tomó al pié de la letra lo que dijo Dupasquier de los sud-americanos.

Yo—Sí, nos llamó antropófagos, espresando de una manera figurada que nos devorábamos en nuestras guerras civiles.

Timoteo—Lo que no es una mentira; pero el *cosmopolita* que siempre anda á la *pescada de ocasiones* halló en ese día una bien calva, la asíó por el único cabello que tenia, y echó unos párrafos de mucho ruido y de mucho *bombo* personal. Ahora me río de esos proyectos de revolución y de esos crímenes soñados por el conocidísimo tribuno de Ginebra.

Yo—Además no debes olvidar que don Héctor ambiciona ser Ministro plenipotenciario.

Timoteo—Y como nada consiguió de don Pedro Varela, á pesar de todo lo que hizo y de las afinidades existentes entre ámbos personajes, quizá pretenda ahora que el Dictador le dé la *misioncita*. Así es que prepara el terreno; pero ya está muy conocido en la cancha el mozo, señor amo.

Yo—Pues esto por un lado, y por el otro el no abundar siempre los temas para los artículos. . . .

Timoteo—Han dado por consecuencia el terrorífico editorial de *La Tribuna*. Ya se me fué el cerote, ya se encuentra descifrado el enigma. Las vivezas de *El Porteño* y el *quandoque bonus dormitat Homerus* han sido la causa de todos mis terrores. Pasemos á otro asunto, señor amo.

Correspondencia familiar

Señor don Juan de las Antiparras.

Palmira

Montevideo, Junio de 1877.

Solitario de las ruinas:

Si vieras que grueso y sano se encuentra nuestro Ministro de Relaciones Exteriores! Parece que los años y los cuidados del gobierno no hacen mella en su robusta *constitucion*. Así estuviese la del Estado!

Me dá un gusto cada vez que lo veo en las calles de la ciudad, con su cuerpecito de mandarina del Imperio Celeste, su mirada de prolección amistosa, y su sal. . . gruesa, como la usada en las faenas de los saladeros!

También cómo ha de enflaquecer el hombre, si pasa la *vida gorda* de un Jerónimo? Y no creas que te hablo del Jerónimo que escribe en la *Revista Mercantil*. Este no pasa vida gorda ninguna, aunque mucho lo desea; al revés, pasa las penas del purgatorio para complacer á los exigentes lectores de su diario.

Ni cómo ha de envejecerse un Ministro que de todo se ocupa, menos de lo que tiene entre manos? A continuar así el doctor Velazco tal vez llegue á contar mas años que el famoso Matusalem.

Ay! amigo Juan, nuestro Ministro de Relaciones Exteriores sino vale lo que pesa, pesa lo que vale; y no es poco en estos tiempos, en que se dice que los Ministros no valen nada, ó cuando mas seiscientos pesos. En cuanto á que *pesen*. . . eso sí, pesan bastante en el presupuesto nacional.

Decía que nuestro Ministro de todo se ocupaba menos de lo que tiene entre manos. Es la verdad. Figúrate que nuestro país tiene algun asuntillo que arreglar con Inglaterra, algun otro con la República Argentina, algun otro con Francia, y tambien algun otro con. . . cualquiera de esos grandes peces europeos que tan frecuentemente se comen á los pequeños peces sud-americanos.

Ya ves tú que los *algunos otros* preocuparian á un Ministro que no fuera de la masa del doctor Velazco. Pero al doctor Velazco le preocupan tanto, amigo mio, esos *algunos otros*, como á ti el justificar la inversion de las sumas que te entregué para plantear aquella granja de malisimos recuerdos. Y perdóname la fortuita reminiscencia.

Para qué molestarse? dirá el Ministro de Relaciones Exteriores. Participo de sus mismas ideas—para qué molestarse? Tú sabes que *cuidados ajenos matan al asno*. Y el doctor Velazco no quiere matarse, en lo que procede muy moral y cristianamente.

Además aquí, en nuestra tierra, el empleado que se afana y se desive y toma á pecho sus funciones públicas, dura en ellas lo mismo que dura un lirio, segun el decir paisano. Recuerda sino lo que *duró* la Cámara de Varela, y lo que este duró en el sillón presidencial.

Y ha habido Presidente *incoacto* y Cámara popular que hayan tomado *mas á pecho*. . . sus obligaciones, y hayan tenido *mas hambre*. . .

de servir al país, y hayan tratado mas de *llenar*. . . hasta el fin los deberes de su cargo? Esas sí que eran Cámaras y Presidente tal para cual; y sin embargo, qué recompensa tuvieron? La de salir casi á puntapiés de sus respectivas covachas.

Hay un ejemplo mas reciente. Ahí tienes á don Patricio Gomez, ex-Jefe Político del departamento de San José. ¿Ha habido funcionario mas *ganoso* de servir á su patria? Ni *por pienso*, amigo, podrias hallar otro mejor. Mira, apenas se recibió de la Jefatura, empezó (oh! gran Jefe Político modelo) empezó á reducir el ya reducidísimo presupuesto departamental.

Don Patricio suprimió el habilitado, suprimió algunos empleados, y hubiera acabado por suprimirse él mismo, para introducir la economía mas importante en el presupuesto, si el Coronel Latorre no lo *suprime* á tiempo al señor Gomez. Esta sí que fué verdadera supresion económica. Por ella debió haber empezado don Patricio.

Oh! que gran Jefe Político modelo!

Escribia unas notas (su secretario) tan sumamente ritmicas, que mas que *notas* de papel parecian *notas* de guitarra vieja. Por esto solo hubiera merecido seguir administrando el departamento, nada mas que por la *música oficial* (ó de oficios). En lo demás no lo merecia tanto; pero qué importaba no merecerlo en épocas como la presente, cuando lo principal no es *merecer* sino *conseguir*?

Pero abandonando á don Patricio para tornar al doctor Velazco, te escribia que teniamos que arreglar ciertas cosillas con Inglaterra, Francia y *ainda mais*; pero como el doctor Velazco se ocupa mas de lo *interior* que de lo *Exterior*; es decir, mas del sueldo que de los *dimes y diretes* en que andamos con algunas naciones, aquellas *cosillas* duermen el sueño de los justos, *encarpetadas* en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

El doctor Velazco deja dormir lo grande para entretenerse con lo chico. En eso tiene semejanza nuestro don Ambrosio con el rey de Prusia Federico Guillermo I. Este buen rey queria que sus batallones se compusieran de soldados gigantes; y para el efecto hacia reclutar en Alemania y en varios reinos de Europa los hombres mas altos y vigorosos. También queria que sus granaderos estuvieran siempre limpios y aseados, con el corraje lustroso y los zapatos brillantes. En esto se entretenia el rey de Prusia, y en pasarles una revista cada veinte y cuatro horas.

Pero en lo relativo á las grandes maniobras y movimientos tácticos, en eso ni por asomo

pensaba el buen Federico Guillermo. Todo se le iba en pormenores insignificantes, y en menudencias de cuartel de escasisima importancia.

Nuestro Ministro de Relaciones Exteriores hace en su escala lo que en su rol hacia el monarca de Prusia: nombrar un Vice-Cónsul para Filipinas, un Cónsul para la república de Liberia, un Encargado de Negocios en Francia: pero remover los obstáculos que interrumpen nuestras relaciones con Inglaterra, arreglar la cuestion de los prácticos lemanes, resolver reclamaciones diplomáticas pendientes, de eso . . . cero. Todo se le vá en piruetas.

De modo que para las *chicas* (sin equívoco) siempre está dispuesto don Ambrosio; para las *regulares*, muy pocas veces; y para las grandes . . . nunca.

Y todavía me aseguraba ayer un amigo que si don Ambrosio fuera el Ministro de Relaciones Exteriores de la Sublime Puerta, ya estaba armado el fandango en toda Europa!

Qué fandango, ni qué berengenas! Lo mas que podria estar armado, Juan amigo, siendo el doctor Velazco Ministro del gran Sultán, seria algo así como *candombe*. Para las cosas de negro se presta, y mucho, el *blanco* (de cara) que tenemos ocupando un sillón ministerial.

Luego seguiré la presente.

Tu ex-socio.

Timoteo

Entre telones

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

La escena tiene lugar en alguna parte

(Sala arreglada regularmente. Sobre una mesa hay un trabuco, un espadon y una caja de habanos. Es de noche. . . . y sin embargo no llueve).

ESCENA ÚNICA

César, Veleta y Rigoletto

(*El primero fumando y tendido sobre un sofá, el segundo con un cenizero en la mano, y el último jugando con los cascabelos*)

Veleta—Esto ya no se puede soportar, Excelenteísimo. *El Negro Timoteo* ha llegado al colmo, al desborde, á la licencia. Es menester que se le ponga un freno al que lo escribe.

Rigoletto—Sí, ché, un freno *machazo*; de aquellos que vos *sabés* poner.

César—Y la libertad de imprenta, señores?

Veleta—(*presentando el cenizero á César, para que este arroje la ceniza del cigarro*) *Zito, zito, piano, piano, ne faciamos confusione*, como se canta en el *Barbero de Sevilla*; no confundamos la libertad con la licencia. Si la una es permitida, la otra no debe ser ni tolerada.

Rigoletto—Por supuesto y ya te lo he dicho. Es preciso dar un *taponazo* á ese papelucho que tanto nos amuela.

César—Pero, porqué? No hallo una razon para semejante golpe de Estado. ¿Qué dice *El Negro Timoteo*, señor *Veleta*?

Veleta—Y me lo pregunta V. E.—V. E. que me hace leer los artículos de ese libelo que me calumnia torpemente?

Rigoletto—Y á mí?—Vaya, ché, dejáte de escrúpulos de monja y matá . . . ese periódico.

César—Esto no es razonable. Tambien suele caerme de vez en cuando, y no ignoran vds. que me rio de lo que me dice *El Negro*, si me lo dice con gracia.

Rigoletto—Porqué vos sós un zonzó que te dejas jo. . . robar al boton.

Veleta (*presentando el cenizero*) V. E. es tolerante en demasia. Opino como *Rigoletto*.

Rigoletto—(*enojado*) Estoy harto de decirle que no me llame *Rigoletto*. Sépase que no soy bufón de nadie, y menos de vd. so viejo sotreta. Y mírese en lo que habla, porque puede ser que me haga el loco y le saque los cueritos al sol.

César—(*con gravedad cómica*). Orden, órden. Vuelvo á pedirle, señor *Veleta*, que á este (*señala á Rigoletto*) no me le llame *Rigoletto* sino *Lotas*.

Rigoletto—(*Dirijiéndose á Veleta*) Vamos á ver Vd. que es medio poetastro, básquele un consonante á *Lotas*. Vaya, agárreme el consonante.

César—(*aparte*) Que loco tan pícaro. ¡Quiere que el otro le agarre. . . el consonante! (*En voz alta*) Acepte el desafío, señor *Veleta*, é improvisele alguna décima.

Veleta—Ya que V. E. lo desea, esuche una redondilla.

(*Encarándose con Rigoletto y alargando la mano en actitud trágica. Este movimiento hace caer alguna ceniza sobre la nariz de Lotas*)

Usted, apreciable *Lotas*,
Con su aspecto *sans-fagon*,
Es quién hoy en la nacion
Se está poniendo las botas.

Qué tal; le gusta la redondilla?

Rigoletto—Yo te voy á componer otra; espera un momento.

César—(aparte) Veamos lo que produce la chola de este loco.

Rigoletto medita un momento y luego exclama haciendo ademanes y gestos:

Vos no has hecho mas que cuchufletas
Y ya querés pasar por poeta;
Pero de poetas y de locos
Todos tenemos un poco.
Cerrá el pico, viejo Veleta,
Y no seas tan insolente y tan trompeta;
Y menos con un hombre como yo,
Y qué tal, mi oda te gustó?

Veleta (fingiendo serenidad) Eso mas que oda es una silva en regla.

César—(aparte) Aquí sí que le acomodó un buen palo á Rigoletto. (En voz alta) Tu poesía es de pié quebrado, amigo Lotas; te lo manifiesto con franqueza.

Rigoletto—Pues yo tambien con franqueza te digo que las de Veleta son versos de tres al cuarto.

César—(Sério) Bueno, basta de dicharachos. ¿Y qué otras razones aduce Vd., señor Veleta, para pedir que se le ponga una mordaza á *El Negro Timoteo*? Abogue Vd. por los dos, por Vd. y por este (Indica á Rigoletto)

Rigoletto—Sí, habló tambien por mí.

Veleta—Bien, hablaré por los dos, Excelentísimo. Yo y Rigoletto. . . .

Rigoletto—(Interrumpiendo) Yo! El burro siempre por delante. Pero no me insultés con el apodo.

Veleta—(sin hacer caso de lo que oye) Lotas y yo, tenemos suficientes motivos para solicitar de V. E. una medida que corte los abusos de *El Negro Timoteo*.

Rigoletto—Sí, ché, Veleta y yo no queremos seguir costeando la risa del público.

Veleta—Eso no está bueno, señor, atendiendo á mi dignidad (muestra el cenizero)

Rigoletto—Y á la mia (Ajita los cascabeles)

Veleta—Repito que no está bueno que yo, un hombre grave y formal, salga á relucir en la picota del ridículo. En cuanto á Rigoletto....

Rigoletto (enseñándole el puño) Vejete, cuidadito con Lotas.

Veleta—En cuanto á Lotas, espresándome con sinceridad, yo creo que, como pasa por loco y por payaso, es disculpable que lo expongan al público ataviado con los cascabeles que ahora está haciendo sonar.

Rigoletto—Seguí, seguí, que ya tomará la revancha Rigoletto.

Veleta—No lo ha oido V. E.? El mismo se ca-

lifica de Rigoletto. Porqué se enoja entónces? Esto me recuerda la primer escena del *Patriarca del Turia*.

César (bostezando)—Y el cenizero?

Veleta (Presentándose) Tire ese pucho, Excelentísimo. Aquí tiene otro habano.

César—Mil gracias. ¿Qué decia vd. del *Patriarca del Turia*?

Continuará

COSAS DE NEGRO

¿Queréis novio?

Ruperta, la del barrio
De Casablanca,
Cuando mira algun novio
La puerta atranca.

Su vecina Trifona,
Méenos experta,
En cuanto vé algun novio
Abre la puerta.

Y aunque el caso no tiene
Nada de obvio,
El caso es que á Trifona
No le entra un novio.

Y á Ruperta, que de ellos
No tiene gana,
Hasta le entran los novios
Por la ventana.

Es la moral del cuento
Bastante chusca:
Que el novio no se encuentra
Cuando se busca.

La fruta prohibida

Si fueron manzanas ó higos
La fruta que Adan comió,
Disputaban dos amigos
Cuando un tercero llegó,
Y dijo al que cuestionaba:
—Ni tú ni el otro van bien,
Que la fruta del Eden
Fué tan solo una guayaba.

Próspero P. Gamba.

El redactor de *El Ferro Carril* escribió un artículo dias pasados, tratando de probar que si los ciudadanos no se habian inscrito en el Re-

gistro Cívico, era únicamente para manifestar sus deseos de que continuára gobernándonos la Dictadura.

Al leer dicho editorial, dice la Revista de *La Tribuna*, se nos ha venido á las mientes una frase célebre y ya mil veces repetida; esa frase es—*Que vale mas un enemigo con ingenio que no un amigo tonto.*

El revistero de *La Tribuna* ha estado sumamente oportuno y feliz. Esto se llama saber dar en el clavo.

SOLUCION DE LOS SÍMILES, ACERTIJOS Y CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

- Símiles**— 1º—En qué se parece un batallón á un buque de vela?—*En que tiene cabos.*
 2º—Y un esqueleto á una comida de juéves santo?—*En que le falta la carne.*
 3º—Y la Constitucion de la República al Coran?—*En que sus preceptos no rijen hoy entre nosotros.*

Acertijos—1º—En qué paraje tiene el cie-

lo menos extension?—*En el fondo de un pozo.*

2º—¿Quién es el que se sienta con el sombrero calado delante de un Presidente, rey, emperador ó Papa; y aun del mismo Czar de todas las Rusias?—*El cochero.*

3º—Cuál es el animal que tiene en su nombre las cinco letras vocales del alfabeto español?—*El murciélago.*

4º—Qué es lo que se pone sobre la mesa, se parte por la mitad; y sin embargo no comemos?—*La baraja.*

5º—Cuál es la planta mas útil para el hombre?—*La planta de los piés.*

Charada—Significa *Bonaparte.*

El *salto de caballo* contiene un epigrama de Gabriel de la Concepcion Valdés, mas conocido por el pseudónimo de *Plácido*, célebre y malogrado poeta cubano que murió fusilado en Matanzas el 25 de Junio de 1854.

El epigrama pertenece al género *verde subido*. Lo que avisamos á las niñas para que no caigan en la tentacion de resolver el *salto de caballo*.

SALTO DE CABALLO

es. (64)	nos,	jer	no	si	ver-	o-	so:
mu-	dad,	que	tier-	te	pu-	dad	so,
á	-Un (1)	-Tu	él	es	jos	-Yal...	los
ver-	gri-	An-	ver-	re-	po-	Am-	ver-
dres	sion:	él	ne	y	ro	á	e-
tó-	-En	pre-	so....	so	dres,	mon;	pe-
ci-	le	cuer-	y	se-	jo-	llo....	di-
nos.	con	no	di-	ver-	jo;	rá:	Si-

Empieza en el número (1) y termina en el (64)